

EL DUENDE: TRADICION LITERARIA Y PROYECCION FOLKLORICA

Nelly Elena Vargas Orellana de Gauffin
Universidad Nacional de Salta

La profunda religiosidad de la vida española de los siglos XVI y XVII se vio constantemente matizada por supersticiones y costumbres añejas, contrarias al espíritu cristiano. Pero contra todo lo que pudiera suponerse, estas costumbres y supersticiones no estuvieron relegadas únicamente a estratos culturales bajos o aldeanos. Graves eruditos y no pocos jurisconsultos trataron seriamente estos temas por distintos motivos.

Ante la imposibilidad de realizar un trabajo abarcador, nos centraremos en una figura que concita simpatías y rechazos: el duende. Intentaremos rastrear su genealogía dentro del ámbito de Occidente, con el objeto de destacar -cuando sea oportuno- las diferentes valencias que ha ido aportando su linaje. Perfilada su fisonomía folklórica en España, lo ubicaremos en un no muy extenso pero sí sintomático "corpus" literario de los siglos XVI y XVII, con el análisis de cada una de las características con que aparece, en comparación con los rasgos del duende literario y popular de Salta.

El hombre, como ser esencialmente espiritual, desde sus orígenes ha buscado e intentado comprender el fluido intangible que anima al mundo. La necesidad de concretar sus ideas ha guiado esta búsqueda hacia una materialización del espíritu. Y así, muy pronto comienza a hablar del "espíritu de las cosas" y a crear -en su imaginación y fantasía- seres con determinadas características que se poseionan de los objetos y son, a la vez, parte y esencia de los mismos. Así, en la mitología germana, al lado de las bellísimas y gráciles silfides están los feos y pequeños silfos, ambos espíritus del aire; los griegos y romanos pueblan su espectro mitológico con faunos, náyades, silvanos, nereidas, dríadas, orestíadas y sátiros según sean espíritus del aire o de la tierra.

Pero, además, el hombre en todos los pueblos y en todas las religio-

nes ha creído en la existencia de espíritus -dotados de ciertos poderes- dependientes y, a veces, contrarios al Espíritu Supremo o Creador.

Y, en relación a ellos, intentaremos aquí esbozar lo que, a nuestro juicio, es la genealogía del duende.

La significación simbólica del "demonio" en el mundo antiguo no es la misma que en el mundo cristiano. La palabra proviene del griego "daimon", "el que sabe" y así, entre los helenos, el demonio es un genio dual -benéfico y maléfico- (según las circunstancias) que está unido al destino de los hombres y cuya influencia -positiva o negativa- se hacía sentir en el ser al que acompañaba. Se consideraba a los demonios como dioses secundarios porque, cuando representaban el Mal terminaban subordinados forzosamente al Bien y, si representaban el Bien, siempre eran dependientes del Dios Creador o Bien Absoluto.

Los "demonios" pasan a Roma escindiéndose en "penates", espíritus bienhechores, y "lemures", de carácter maléfico. De allí se expanden por el territorio imperial tomando diferentes nombres. Al entrar en contacto con mitologías del norte y centro de Europa, a veces se imponen y otras, son absorbidos por las creencias indígenas pero, en cualquiera de los dos casos, amplían sus características primitivas con notaciones diversas. Así, enanos, genios, gnomos, familiares, lugoves, xanas, kobolds, menques, ventolines, follets, lutines, sotré, nix, puck, trasgos y duendes se esparcen por todas las regiones de España.

Estos dioses secundarios de las mitologías indígenas pasan -con el correr del tiempo y por el advenimiento del Cristianismo- al mundo de la superstición y, como una consecuencia natural, en el siglo XVI penetran en el de la Literatura.

Como ya dijimos, en este trabajo nos ocuparemos únicamente de trasgos o duendes porque son los espíritus que mayor arraigo han tenido en tierras españolas y, por ende, en Hispanoamérica.

De veintidós informantes salteños de diversos sexos, edades y estratos socioculturales (todos de la capital de la Provincia), a la pregunta "¿En

qué lugar nace la leyenda del duende?", dieciocho contestaron que este es un personaje de la tradición salteña. Los cuatro informantes de alto nivel cultural respondieron que creían que era una leyenda del noroeste argentino pero negaron conocer una versión parecida en otros países de Hispanoamérica, salvo uno de ellos que apuntó una cierta semejanza con el Zupay boliviano.

Es decir que en el salteño está firmemente arraigada la "propiedad" del duende. Además de la tradición oral, creemos que a esta idea de posesión colectiva ha contribuido, sin duda, el conocimiento del poema de J.C. Dávalos que se propagó a través de la escuela primaria -tanto en la ciudad como en el campo- y que, en los últimos años, con el nuevo ímpetu que ha tomado la cultura regional, ha pasado a ser un tema frecuente en los programas de educación secundaria.

Pero nosotros remontaremos su origen a tierras españolas: para esto, nos basamos en tradiciones recogidas por Marcelino Menéndez Pelayo, Aurelio de Llano Rozas de Ampudia, Constantino Cabal, Jesús Rodríguez López, Ismael del Pan y el excelente historiador de costumbres hispanas, Julio Caro Baroja.

Según Rodríguez López, la tradición de los enanos servidores o duendes fue llevada a España por los godos y esos seres minúsculos sientan sus reales en Galicia, especialmente, y se proyectan luego a Asturias y Castilla. Caro Baroja considera que estos duendes que en las zonas mencionadas reciben el nombre de "trasgos" o, dialectalmente, "trasgu", se corresponden con los viejos espíritus caseros del N. de Europa. En el devenir de los tiempos se desplazan hacia el centro del continente y son recogidos por las tribus bárbaras quienes llevan consigo los mitos que absorben en sus conquistas y los imponen como propios en las zonas dominadas.

Nosotros dejamos de lado las etimologías latinas de "duende": "domus": "casa" y "domitus"; "domare": "domar" y, basándonos en la céltica "do-ñeet": doméstico, casero, pensamos que el origen de esta tradición en España es prerromana. Asimismo, se afianza nuestra teoría en la confrontación con los duendes irlandeses que revisten características casi idénticas a las de los trasgos españoles.

Si, evidentemente, sufren transformaciones y aditamentos por influen

cia de los mitos griegos y romanos -resabios del "daimon", "penates" y "lemures"- en especial en lo que se refiere a sus aspectos maléficos o benéficos y de las supersticiones bárbaras, en cuanto a sus funciones de dispensadores de tesoros.

Principales características del duende en el folklore español y salteño, Plasmación de las mismas en la literatura del Siglo de Oro y en la leyenda de Juan Carlos Dávalos

1 - Fisonomía

La figura del "trasgu" o duende español responde a ciertos cánones:

- muy pequeño (de 30 cm. a poco menos de 1 m.)
- usa blusa colorada de una tela rústica llamada bayeta y un gorro como caperuza de fraile del mismo color.
- tiene un agujero en la mano izquierda o bien tiene una mano de estopa y otra de hierro.
- a veces se lo pinta con cuerno, rabo y cojo (características diabólicas de una inserción posterior al advenimiento del Cristianismo). Así aparece el Trasgo Cabrío en Divinas Palabras de Valle Inclán con su gran cuota de lubricidad. En la tradición oral, el aspecto erótico está limitado a una malicia ingenua y, al ver que la dueña se desnuda para ir a dormir, el duende canta:

Ja, ja, ja, comi sopos!
 Ja, ja, ja, que les comi!
 Ja, ja, ja, que te vi el cu!
 Ja, ja, ja, que te lu vi!

Caro Baroja recoge la descripción que el padre La Peña o Fuentelapeña, en El ente dilucidado de 1976, hace de los duendes y nosotros la resumimos así:

- no son demonios ni cosas espirituales sino animales irracionales, engendros nada ofensivos ni dañosos;

- nacen en caserones deshabitados o lóbregos, en desvanes o sótanos. Se engendran de la corrupción de vapores que hay en tales lugares por la falta de aire, luz y limpieza;
- no se reproducen;
- tienen hábitos religiosos y hablan;
- el vulgo cree que tienen una mano de hierro y otra de estopa pero Fuente-lapeña considera que esto es una metáfora porque "unas veces suelen dar más recios golpes y otras más blandos".

Pedro Calderón de la Barca, un profundo conocedor de mitos y supersticiones, es quien en su finísima comedia La dama duende proporciona una descripción detallada, después de hacer un minucioso inventario de engendros infernales.

Cosme, el gracioso, lo describe a solicitud de D. Manuel.

Era un fraile
tamañito, y tenía puesto
un cucurucho tamaño;
que por estas señas creo
que era duende capuchino.

Un romance anónimo del siglo XVI, que apareció en un pliego de cordel glosado por Francisco de la Cruz dice:

Y vieron venir a trechos
Una procesión de duendes
Con ristras de ajos al cuello,
Las capillas abajadas,
En hábitos muy estrechos,
Con candelas encendidas
Todos en grande silencio.
Era el primero de todos
Muy levantado de cuerpo
Y de los otros, ninguno
Pasaba de siete dedos.

Con estas palabras, tanto Calderón como el desconocido autor del romance están marcando obviamente, la estatura, la vestimenta y la apariencia del duende, elementos ya señalados en la tradición española. Paralelamente,

Juan Carlos Dávalos dice que es:

"un hombre peticito (sic), sombrero rudo y lampiño"

Aca se agrega una nota sintomática: "lampiño", como es el nativo del N.O. (y creemos que con esto se marcaría más el supuesto origen salteño de la leyenda).

Con respecto al sombrero, todos los informantes de Salta coinciden en que tienen alas anchas pero algunos lo identifican con el sombrero ovejuno propio de los pastores de la cordillera y, otros, con el del gaucho. Solamente dos informantes mencionaron un gorro puntiagudo.

María Márquez agrega que el duende lo usa como instrumento de castigo porque suele treparse a "cococho" de su víctima, se toma de una de las orejas a manera de rienda, y con el "aludo" la "sacude", es decir, la golpea.

2. Predilecciones y actividades de los duendes

- Vive en las casas y su dualidad (benéfica y maléfica) se traduce en sus quehaceres: realiza labores domésticas o rompe la vajilla, encuentra o cambia de sitio los objetos, ordena o desordena la ropa, juega a los bolos, tira chinitas a los tejados, juega y se pelea con los niños a los que protege son siempre males menores...

En La dama duende Cosme señala la manía del trasco de revolver la ropa:

...como a mí me deje
el revoltoso de alhajas
libre mi dinero, llegue
y revuelva las maletas
una y cuatrocientas veces.

Ismael del Pan recoge en Toledo la historia de un duende intelectual que enloquecía a los dueños de casa porque todas las noches sacaba los libros

de la biblioteca y los dejaba en completo desorden una vez satisfechas sus ansias de lector.

Fuentelapeña, en El ente dilucidado, manifiesta que los trasgos son aficionados a los caballos, a los que cuidan y adornan con esmero. Esta parece ser una tradición hoy perdida porque no la encontramos registrada ni en libros ni la recogimos en el trabajo de campo. Creemos que bien valdría la pena ahondar en testimonios de informantes rurales.

Con respecto a sus labores domésticas narramos, sintetizado, un simpático cuento recogido por Fernán Caballero y transcrito por Caro Baroja en Algunos mitos españoles:

Tres hermanitas se mantenían amasando de madrugada. Una mañana se levantaron para realizar su tarea y la encontraron hecha. A la noche siguiente observaron que su misterioso benefactor era un duende muy chiquito, vestido de fraile, con un hábito muy viejo y roto. Agradecidas, le cosieron uno nuevo y lo dejaron en la cocina. El duende esa noche se lo puso pero se fue diciendo:

Frailecito con hábitos nuevos
Ni quiere amasar, ni ser panadero

- Es muy goloso y por eso merodea los fuegos del hogar donde se cuecen tortas u otros alimentos (por ej. la "borona", pan de maíz); cuando es descubierto trepa ágilmente por las "calamiveres" (cadenas que sostienen los recipientes sobre el fuego).

Si bien, como dijimos, la tendencia golosa del duende se pone de manifiesto en su andar por la cocina tratando de hurtar panes y tortas, se la encuentra también en su afán de regalar con dulces a sus "protegidos". En La dama duende esta obsequiosidad está reemplazada por las cartas de Da. Angela, pero en otras comedias de Calderón, por ejemplo El escondido y la tapada, Don César -al que se cree familiar- y su cuñado Mosquito, acciados por la falta de comida en su encierro forzoso, tratan de apoderarse de los "dulces de Portugal" y del "chocolate de Guajaca" que ha dejado Beatriz en un azafate

Y en El encanto sin encanto el ser misterioso -Serafina- que protege a D. Enrique lo regala con dulces que le envía a través de un torno.

- Premia a sus protegidos con diamantes y oro pero, en cuanto olvidan sus promesas, cambia las alhajas por carbones o piedras.

En La ingratitud vengada de Lope, Octavio dice a Luciana, quien le ha dado una bolsa con doblones:

"sueño que te has vuelto duende
y que me has dado carbón"

Y en Amar por señas de Tirso, cuando Armesinda quiere sobornar a Montoya:

Temo, siendo maula
que en carbón me la conviertan
los duendes de esta posada.

Y lo mismo ocurre en El diablo cojuelo de Vélez de Guevara.

Un motivo común en Calderón y en Dávalos es el de este trueque. En La dama duende, Isabel, la doncella, con un alarde de buen humor quita los pocos dineros de Cosme y pone, en su lugar, carbones, para gran desesperación del pobre sirviente.

Mas ¿qué veo? ¡Vive Dios
que en carbones lo convierte!
Duendecillo, duendecillo,
quienquiera que fuiste y eres,
el dinero que tú das
en lo que mandares vuelva
más lo que yo hurto ¿por qué?

Evidentemente este dinero, si bien no fue entregado por el duende, es también un dinero diabólico porque es producto de un pecado: el robo y, como tal, merece un fin desastroso.

Y en Dávalos:

el pan de las alforjas lo trueca por carbones

Este es, sin duda, un motivo de vieja raigambre pues se lo encuentra en muchísimos cuentos europeos y en la Argentina recordamos por ejemplo El camino del cielo, un cuento folklórico recopilado por Berta Vidal de Battini.

- Si los dueños de casa, cansados de sus travesuras se mudan de residencia, el "trasgu" los sigue:

"Por escaparse del Trasgu se decidieron unos labradores a dejar su casa. Sacaron todos sus muebles con exquisito secreto. Más, cuando desfilaban con sus cosas, preguntó a los de atrás el que iba adelante:

- ¿Quedará algo?

Y les respondió una tenue vocecilla:

- Queda el candil pero esi... ¡cargolou yo!

El "trasgu" que marchaba detrás de ellos. Y tornaron a la casa

(Francisco González Blanco, 82 años, Tereñas, Ribadesellas).

Esta preocupación por las "diabluras" de los duendes llegaba en el Siglo XVI a tales extremos que se reglamentó en la jurisprudencia española: si una persona adquiría una casa sin saber que estaba habitada por duendes, podía abandonarla sin perjuicio suyo.

Fuentelapeña recuerda como muy conocido el romance anónimo que citamos y que toca un tema similar:

La corte se trasladaba de Madrid a Valladolid. El secretario de un hidalgo contó a su amo y a los amigos de este que un duende de la casa lo había vapuleado. Mucho se rieron de él pero a la noche tuvieron su escarmiento porque apareció la procesión de duendes que mencionamos hace unos momentos.

El más grande de los duendes castigó a todos los burlones durante varias noches por lo cual el hidalgo decidió abandonar la casa y marcharse a Valladolid. En el último minuto:

Sintió ruido allá arriba,
 Y, escuchando un poco atento,
 Vido por una escalera
 Bajar un fraile pequeño.
 Traía encima de sí
 Un lío de ropa y lienzos
 Y unas alforjas al hombro,
 Todo de camino puesto.
 Díjole al duende admirado
 Padre mío, ¿adónde bueno?
 - ¿Adónde? A Valladolid
 Con todos mis compañeros.
 - Pues ¿quién sois? - Respondió el Fraile:
 "Soy el duende y como vos quiero,
 Me mudo con mi hatillo
 Pues que vos hacéis lo mesmo.

- ¿Qué? ¿A la corte vais conmigo?
 - Sin duda, que allá he de veros.
 Dijo el caballero entonces:
 Viendo ajeno su remedio:
 - Por Dios, padre, que pensaba
 Que acá os quedábades preso.

Si en la corte os he de ver
 Mejor quiero estarme quedo.

Duende acá, duende acullá,
 Si en cualquier movimiento
 Os he de tener al lado
 En Madrid quiero teneros.

Este romance mostraba que el cambio de la corte para remediar los males que la aquejaban era una utopía porque el daño no estaba en el lugar si no en la misma esencia cortesana.

En Salta, para aquietar a los duendes de una casa, se procede con una suerte de exorcismo realizado por el dueño de casa: salpica con agua bendita las habitaciones y les pide a viva voz que se vayan, o bien, que no molesten.

El castigo nocturno de los duendes nos trae a la memoria la feroz paliza que la Duquesa y Altisidora propinan a Don Quijote y a la dueña Rodríguez, si bien Cervantes menciona a las perversas damas no como duendes, sino como "fantasmas". Pero Fuentelapeña los utiliza como sinónimos: "Estos Duendes o Fantasmas... tienen su primer ser... en casarones (sic)... inhabilita" o "Hay animales invisibles... que se llaman Duendes, Trasgos o Fantasmas".

En el Siglo XVII evidentemente ambas acepciones se referían a un mismo ser. Y es en lo referente a las horas y lugares de su aparición donde encontramos una aseveración antagónica en España y Salta. Menéndez Pelayo dice que en la Montaña (Norte de la Península, en los Cántabros, Galicia y Asturias), el duende aparece a las 12 de la noche bajo los helechos y apaga las luces de los que lo buscan.

En La Dama duende, Cosme no lo "ve" debajo de los helechos pero Doña Angela -el fingido duende- sólo hace apariciones nocturnas e Isabel, su doncella, da un porrazo al criado para apagarle la luz. Muerto de miedo, el gracioso le cuenta a su amo que el misterioso visitante ha seguido su costumbre: dejar en tinieblas a sus perseguidores.

El escritor salteño señala, en cambio que:

A la hora de las siesta, cuando el sol reverbera,
se aparece a los chicos debajo de la higuera.
A jugar les convida con palabras cordiales,
y en la frente les deja tremendos cardenales.

Aquí, el duende centra su atención en los niños, cosa que no ocurre en España pero sí observamos en la tradición de las xanas.

El duende tiene predilecciones y en La dama duende el criado marca los "afectos" del duende al advertir que a él lo trata "con mano de hierro" (le ha dado un mojicón), mientras que para don Manuel "tiene mano de lana". Marcamos una diferencia: el duende, en el siglo XVII, hiere rudamente con su mano de hierro y alaba, premia o castiga suavemente con la mano de estopa.

Lope, en La burgalesa de Lerma, describe al duende por boca de la criada Lucía, según esta extraña condición:

Y si los pinta la gente
con una mano de hierro
y otra de estopa, no es yerro
decir que no es diferente.
Cuando sospecha se siente,
da con la mano de estopa
mas cuando en casa se topa

Es decir, el espíritu travieso del duende se manifiesta constantemente y así lo considera también el autor de Cantos de la montaña, al enunciar las burlas que realiza.

El hace en la cocina que rebalse la olla,
él aumenta en el tulpo la dosis de cebolla.

-.-

De acuerdo con el gato, su compadre y amigo,
echa pelos en la leche, se revuelca en el trigo,
a media noche muele maíz en el mortero,
encabrita la jaca y aventá el avispero.

El sábado a la noche ronda la pulpería
y aporrea a los ebrios con pesada porfía.
Se enanca en el caballo, les hurta los pellones.

Otra de las oposiciones -que se maneja en el plano puramente literario en España y en el folklórico en Salta- es acerca de la "cristiandad" del duende.

En la comedia de Calderón, irónicamente, Isabel dice:

El duende primero
soy, que se encomienda a Dios.

Y al leer la carta, don Manuel -ante el "Dios os guarde" con que finaliza- dice también con socarronerías:

Bautizado está este duende
pues de Dios se acuerda.

y con tremenda ingenuidad, su criado corrobora:

¿Veaslo
cómo hay duende religioso?

Los informantes de Salta aseguran que los duendes son chicos que han muerto sin bautismo, es decir que no han sido "cristianados". Y Florencia Sarapura de Quijildor agrega que, en realidad, son corporizaciones de los niños abortados que se aparecen en primer lugar a sus madres para no dejarlas vivir

en paz por el crimen cometido y, en segundo lugar, a sus hermanitos porque quieren jugar con ellos.

En España existen tres burlas para ahuyentar a los duendes:

- llevar en un paxu (especie de cesto de mimbre) agua de mar.
- recoger un puñado de linaza (recordemos que tiene un agujero en la mano);
- poner blanca una piel negra de cordero.

Dávalos marea los métodos que se usan en Salta:

Se sabe -acabó el viejo de barbas de chivato-
que el duende es un espíritu que tiene gran olfato.
Para ahuyentarlo es bueno, según decía mi abuela,
cargar en los bolsillos algo que mucho huelo.

Los salteños que respondieron a la encuesta precisan más y dicen que la persona asustada debe llevar en sus bolsillos o bolsas, excremento humano. Amalia Lilliana Guerrero agrega que hay que tener en el bolsillo una hoja de palta y, si se consigue, un poco de peperina (porque son olorosas).

En ninguna de las obras del Siglo de Oro que consultamos, se manifiesta este motivo concretamente pero se lo vislumbra a través del tema barroco de "Apariencia-Realidad" porque en La dama duende, don Manuel reconoce en ese posible trasgo "arte e ingenio humanos" y el que desaparezca sólo depende de que el caballero pueda descubrir la verdad, en este caso sinónima de realidad.

Si bien en los siglos XVI y XVII creían en los duendes, jurisconsultos y teólogos, rústicos y villanos, comienzan a oírse las voces escépticas de poetas, novelistas y caballeros cortesanos. Prueba de ello es la actitud de D. Manuel que dice:

... El desengaño fundo)
sin creer que hay en el mundo

ni duende ni familiares.

Es que ya estaba en el ambiente la idea de que muchos trasgos que se detectaban en algunas casas no eran sino hombres o mujeres que se hacían pasar por duendes para cometer sus ruindades tranquilamente. Y así lo dice el Padre Feijóo años más tarde. "¡Cuántos hurtos, cuántos estupro y adulterios se han cometido, cubriéndose... con la capa de Duendes!".

En El viejo celoso hay un sabroso diálogo entre Cristina y Hortigosas:

Cristina: Señora Hortigosa, hágame merced de traerme a mí un frailecito pequeñito con quien yo me huelgue.

Hortigosas: Yo se lo traeré a la niña, pintado.

Cristina: Que no le quiero pintado, sino vivo, chiquito como unas perlas.

Dña. Lorenza: ¿Y si lo vee tío?

Cristina: Diréle yo que es un duende y tendrá del miedo y holgaréme yo.

Y en relación con estas picardías debemos hacer mención a los pies de los trasgos. En La dama duendes:

Dn. Manuel: ¡No vi más rara hermosura!

Cosme: No dijeres eso a fe
Si el pie le vieras; porque estos
Son malditos por el pie.

Dn. Manuel: ¡Un asombro de belleza,
Un Ángel hermoso es!

Cosme: Es verdad, pero patudo.

Es decir, se creía que los duendes tenían una pezuña de macho cabrío. Esta idea pervive en la comunidad salteña pero siempre en relación con el adulterio o con picaras alusiones a la sexualidad. Es por eso que se suele decir que una mujer tiene un "pata'i cabra" o bien un "pata i lana", curiosa

simbiosis de dos características del duende, aunque también puede considerarse a esta última acepción como un eufemismo por cuanto el transgresor entra a la casa de su amiga con paso muy quedo para que no se lo escuche.

Hace pocos años, un periódico local en vías de extinción publicó durante varios días la noticia de la aparición del "pata'i cabra" en diversos lugares de la ciudad, causando no poca inquietud y máxima curiosidad, a tal punto que dicho matutino debió aumentar la tirada cotidiana.

3 - Nombres del duende:

Nuestro personaje en España aparece con distintos nombres, según lo esbozamos en algunos pasajes de este trabajo: duende, trasgo, fantasma, follets... Y a tal punto se identifica con el hogar que, en un determinado momento, el adjetivo "familiar" cobra valor sustantivo para designar -genéricamente- a estos tipos de genios. Otras veces, el familiar tiene matices distintos: basta recordar en América el monstruo enorme y peludo que diezma los rebaños en la Quebrada de Humahuaca (Jujuy) o "el Cotizado", tradición bellamente descrita por Rómulo Gallegos en Doña Bárbara.

La tradición del duende se encuentra en América con distintos nombres: "Sombrerón" en Guatemala, "Delgadín" en México, "Thrauco" en Chile, "No vende" y "Auki" en Bolivia.

A veces presenta semejanzas casi puntuales con el trasgo; otras, son coincidencias parciales.

Caro Baroja menciona una leyenda recogida por el historiador Teodomiro Rodríguez de Arellano quien dice: "Este duende, llamado Martín, nombre obligado de todos los de su gremio...", etc., etc. Al escuchar este apelativo todos recordamos, seguramente, al delicioso Martinito que, con tanta ternura, describió Mujica Láinez en El hombrecito del azulejo.

En síntesis, el duende de los siglos XVI y XVII no tiene fuertes connotaciones malignas aunque Cosme -como personaje ignorante y supersticioso-

le tema. Dávalos si dicta sentencias

El duende es el demonio del mal que muere y pasa

En la concepción popular aparece en Salta aunando esas características: demoníaco, no produce gran temor pero sí una cierta inquietud porque, aunque hace maldades, no son terribles.

Creemos, pues, que el fenómeno no es exclusivo de un lugar determinado. De él han dado testimonio numerosos hombres y obras literarias y esto revela que lo inefable que nos rodea. lo maravilloso, es problema eterno, que a veces se aleja y en ocasiones se acerca pero que siempre se repite con más y más exigencias, como la fórmula en que se encierra lo inescrutable del espíritu humano.

Bibliografía

Cabal, Constantino. La mitología asturiana. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 1972.

Calderón de la Barca, Pedro. "La dama duende" en Comedias de capa y espada. Madrid: Espasa - Calpe, Col. Clásicos Castellanos, 1973.

_____ "El escondido y la tapada" en Obras completas. Madrid, Aguilar, T.II, 1960.

_____ "El encanto sin encanto" en Obras... op. cit.

Caro Baroja, Julio. Estudios sobre la vida tradicional española. Barcelona - Madrid: Península - Seminarios y Ediciones, 1968.

_____ Algunos mitos españoles. Madrid: Editorial Nacional, 2a ed., 1944.

Carreras y Candi, Francisco (Director). Folklore y costumbres de España. Barcelona: Casa Editorial Alberto Martín, T. I, 1931.

Castillo de Lucas, Antonio. Retablo de tradiciones populares españolas. Madrid: José Luis Cosano (imp), 1968.

Cervantes, Miguel de. El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. Buenos Aires: Huemul, T. II, 2a. ed. corr. act. 1983.

Corripio, Fernando. Diccionario etimológico. Barcelona: Bruguera, 1974.

Dávalos, Juan Carlos. Obras poéticas. Saltá: Fundación Michel Torino, 1974.

Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano. Nueva York; W. M. Jackson - Barcelona: Montaner y Simón, 1946.

Feijóo y Montenegro, Benito Jerónimo. Teatro crítico universal. Madrid: Espasa - Calpe, T. II y III, 1941.

Gómez Tabanera, José Manuel y otros. El Folklore español. Madrid: Instituto Español de Antropología Aplicada, 1968.

Llano Roza de Ampudia, Aurelio de. Del Folklore asturiano, Mito, Supersticiones, Costumbres. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 1972.

Menéndez Pelayo, Marcelino. Historia de los heterodoxos españoles. Buenos Aires: Librería Perlado, T. I, 1945.

Pan, Ismael del. Folklore toledano. Toledo: Imprenta de A. Medina, T. I, 1932.

Pérez Rioja, José Antonio. Diccionario de símbolos y mitos. Madrid: Tecnos, 2a. ed., 1971.

Rodríguez López, Jesús. Supersticiones de Galicia y preocupaciones vulgares. Madrid: Flo-Rez, 3a. ed. /s.f.e./